

“El último viaje de Gulliver”

Conocí a Adrián allá por el año 90 o 91, cuando me incorporé como becario a la sección de derecho civil foral del Instituto de estudios vascos de la universidad de Deusto, y tuve la suerte y el gran placer de aproximarme a su persona con ocasión de la elaboración de los libros sobre jurisprudencia civil foral de Bizkaia que él dirigió.

Concluida mi andadura como becario, y una vez aprobada la Ley 3/1992 de derecho civil foral del País Vasco, Adrián me propuso colaborar con él en un trabajo colectivo para la editorial Aranzadi sobre derechos civiles forales. Se empeñó y consiguió que firmáramos un contrato de edición por el que yo aparecería a su lado como coautor. El incumplimiento de Aranzadi al respecto y el enojo de Adrián, son otra historia.

Me ayudó con cartas de recomendación, y me ayudó, especialmente, durante los pocos meses en que desempeñé la labor de juez sustituto en los Juzgados de Instancia e Instrucción de Durango; nunca dejó de responder a mis apremiantes requerimientos de socorro jurídico.

Siempre le he estado agradecido por esa ayuda, pero mucho más aun por su forma de demorarse en atención afectuosa junto a quien nada podía aportarle. Los paseos desde Deusto hasta las proximidades de su domicilio, y las conversaciones – bueno, muchas veces monólogos sobre todo tipo de cuestiones-, que en el trayecto o el café compartíamos, resultaban inspiradores y me hacían sentir afortunado.

Luego, a lo largo de los siguientes veintipico años, coincidimos en varios actos, reuniones o jornadas del Colegio de Abogados, de la Bascongada, la Academia Vasca de Derecho, y algún café....., y siempre me saludaba con lo que yo percibía como cariño, ¿qué tal, Durangués?, ¿qué tal por Durango?..... te has dejado barba; y escucharle seguía siendo un placer.

Y aunque solo puedo hablar de lo que creo que son mis recuerdos sobre mi relación con Don Adrián, me consta que tenía la virtud de conseguir que todos a su alrededor se sintieran especialmente reconocidos.

Pequeñeces insignificantes en el contexto de su gran obra y trayectoria profesional y vital, pero de significado en su dimensión humana para los que solo tuvimos la ocasión de conocerle de lejos.

“El último viaje de Gulliver” es el título de uno de los relatos de ficción escritos por Don Adrián que hace bastantes años me hizo llegar, y que me ha venido a la memoria al evocar su persona, su visión de futuro y su preocupación por la condición humana.

Creo que Don Adrián era una persona fundamentalmente íntegra y buena, un humanista sensible, humilde, alejado de dogmatismos y vanidades, un librepensador y jurista crítico, desprejuiciado, conciliador y con una extraordinaria capacidad de trabajo; un amante de su tierra, siempre afectado por sus fracturas, con un talento especial e innato para atraer simpatías y adhesiones a los proyectos que planteaba, emprendía y concluía sin estridencias.

Y, sin embargo, no hacía falta más que mirarle a los ojos, sentir su sonrisa y estrechar su mano para saber que era un tipo genial.

Ez adiorik!